EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

AMNISTIA GENERAL,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1881.

14

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1881.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. qu[e] correspond[e]
Amor á la patria....................	1	D.ª Rosario de Acuña...	Todo
El grito de independencia.	1	D. Enrique Cevallos...	»
El tio Palomo......................	1	Remigio Vazquez...	»
Las travesuras de Lola.	1	Manuel Cuartero....	»
Los consuegros....................		Enrique Zumel.....	»
Modesto Gonzalez..................	1	Sres. Lasala y Palacios..	»
Palabra de honor..................	1	D. Eduardo Navarro...	»
Un triunfo de Calderon.............	1	Juan de Alba.......	»
Abdicar á tiempo..................	2	Eduardo Navarro...	»
Amnistía general..................	2	E. Segovia Rocaberti	»
El gran Galeoto....................	3	José Echegaray.....	»
En el valle de Silay ó la expiacion de un malvado.	3	José Sierra.........	»
Juan Martin el Empecinado.	3	Sres. Ferrer y Cuartero.	»

AMNISTIA GENERAL.

AMNISTIA GENERAL,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

Representada por primera vez en el Teatro de la ALHAMBRA el 11 de Junio de 1881.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1881.

PERSONAJES.	ACTORES.
CÁRMEN	Srta. Constan.
LA CORONELA	Sras. Zapatero.
JUANA	Fernandez.
AUGUSTO (Pepe)	Sres. Romea (J.).
EL GENERAL	Rosell.
EL BARON DE BASTOS	Perez.
TELLEZ	Ramirez.
DOMINGO	Romea (E.)
UN INSPECTOR	Carreras.

Á MI QUERIDO AMIGO

EUSEBIO SIERRA.

En paz.

ENRIQUE.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de esquisito gusto; dobles laterales y balcon practicable al foro. Sobre un velador que habrá en el centro, un timbre, recado de escribir, y un album de poesías

ESCENA PRIMERA.

CÁRMEN, á poco AUGUSTO.

CARMEN. (Cerrando una carta y escribiendo el sobre.) «Señora doña Sofía Pacheco de Alvarado, legacion de España en Tanger.» Ya está.

AUG. (Por la segunda derecha) ¿Estás sola?

CARMEN. Adelante!

AUG. Esposa de mi alma!

CARMEN. Augusto mio! (Se abrazan.)

AUG ¡Ay Carmencita de mi corazon, qué lazos tan hermosos y tan....

CARMEN. Basta, que pueden sorprendernos.

AUG. ¡Y que siendo tu esposo ante Dios, tenga que ocultarlo ante el mundo!

CARMEN. ¡Y gracias que podamos abrazarnos cuatro ó cinco veces al dia!

AUG. Hola; tienes correspondencia con una amiga...

CARMEN. Más que amiga, Sofía es mi hermana; para ella no debo tener secretos.

AUG. Y la cuentas?...

CARMEN. Todo; pero no tengas cuidado.

AUG. Bien está; sin embargo, quisiera yo saber qué la dices de mí, pues forzoso es que algo la digas de mi persona, de mis cualidades...

CARMEN. ¿Lo quieres?

AUG. Lo deseo.

CARMEN. Todo se reduce á un nuevo sobre. (Abre la carta.)

AUG. Curiosa escena! Un marido juzgado por su mujer.

CARMEN. Escucha.

AUG. Á ver.

CARMEN. (Leyendo.) «Queridísima inolvidable Sofía. ¡Más de un »año sin escribirte! Perdona, amiga mia, mi pereza. »Hoy tengo que comunicarte grandes sucesos. Me he »casado. Conocías mi situacion; con veinticinco años y »con una renta pingüe, estaba materialmente sitiada »por un ejército de pretendientes... á mi dote.»

AUG. Eso está mal expresado. Por grande que sea tu fortuna, tus hechizos...

CARMEN. Déjame acabar.

AUG. Pero conste que eso está mal expresado.

CARMEN. (Leyendo.) «Sabes que he desconfiado siempre de todo y »que he tenido por otra parte un gusto muy difícil, así »es que he desdeñado mil partidos para muchas, para »mí misma ventajosos. En este estado, aburrida, sin »afecto á cuanto me rodeaba, me acometió profunda »melancolía que no sé en qué hubiera parado si no de»cido un viaje al extranjero. En Pau conocí á un capi»tan español...»

AUG. Aquí entro yo.

CARMEN. «Buen mozo, apuesto, bizarro, caballeroso y digno.»

AUG. ¡Qué período tan bien escrito!

CARMEN. «Al mes le daba el *sí* en los altares.»

AUG. El segundo *sí*; el primero me lo diste en la mesa redonda.

CARMEN. ¿Callarás?

AUG. Soy mudo.

CARMEN. «Mi esposo estaba emigrado; comprometido en un pro»nunciamiento que no llegó á prosperar, fué condenado »á la última pena: qué horror, Sofía de mi vida. Almas »piadosas le facilitaron la fuga á Francia; yo me hu»biera establecido allí con él, dichosa en cualquier par»te; pero asuntos del más vital interés me trajeron á »España, á Madrid. Mi esposo, desafiando el peligro, ha »venido conmigo en calidad de criado de confianza; »nuestro matrimonio es ignorado de todos ménos de »tí, habiendo tenido que renovar toda la servidumbre. »¿Qué te parece mi situacion? Los antiguos adoradores »han vuelto á sitiarme, y yo lo consiento.»

AUG. Y yo, que es la más negra.

CARMEN. «Sabes por qué? porque exploto mis relaciones con la »sociedad más influyente para obtener el indulto de mi »Augusto, éste es su nombre, aunque como supuesto »criado, usa el prosáico de Pepe.» Lo demas no es ya interesante para tí. ¿Qué me dices?

AUG. Á ver, dime otra vez aquel párrafo que me pareció tan bien escrito.

CARMEN. Este?

AUG. Sí, ese.

CARMEN. «Un capitan español, buen mozo, apuesto, bizarro, ca»balleroso y digno.»

AUG. ¿No te parece que ahí falta algun adjetivo?

CARMEN. ¿Cuál?

AUG. Uno que exprese... uno que se refiera á mi fisonomía.

CARMEN. ¡Ah! ¿Quieres que diga que eres guapo?

AUG. No, hijita, no es eso, porque guapo..... (*Mirándose al espejo.*) Como guapo... guapo precisamente no soy, ahora, lo que es ser feo, eso ya sabes tú que no, digo...

CARMEN. Bien, diré á Sofía que eres muy guapo.

AUG. No, si yo no tengo empeño en ello; no es sino porque no vaya á creer tu amiga que te has casado con un orangutan.

CARMEN. El caso es que no hay hueco...

AUG. No importa; escribe entre líneas.

CARMEN. ¿Pongo la palabrilla?...

AUG. Espera. ¿Qué sinónimo hay de guapo que no sea tan expresivo? (Cármen se pone á escribir.) ¡Qué pobre es el idioma, qué pobre!

CARMEN. Ya lo he puesto.

AUG. Bueno; pero conste que ha sido empeño tuyo y contra mi modestia, que se resiente de ese calificativo.

CARMEN. Pues si te resientes, lo borraré.

AUG. No, hijita, no hagas tal. Qué diría tu amiga de una carta con tantos borrones?

CARMEN. Ahora otro sobre.

AUG. Perfectamente. Me siento pletórico de tanta felicidad. Si no fuera por la maldita sentencia que pesa sobre mí ..

CARMEN. Ya no falta nada. (Dejando la carta.)

AUG. ¿Cómo que nada falta?

CARMEN. No sé.

AUG. Falta que paguen mis brazos la expontaneidad de tus elogios.

CARMEN. ¡Augusto mio!

AUG. ¡Cármen de mi alma! (Se abrazan.)

ESCENA II.

DICHOS, la CORONELA.

CORON. (Sale por la segunda derecha.) ¡Que aproveche!

LOS DOS. ¡Ah!

CORON. Parece que he llegado á tiempo.

AUG. (Ap. á Cármen.) (Déjame.) Nunca podía llegar más á tiempo la señora Coronela.

CORON. ¿Qué pasa?

AUG. ¿Qué pasa? Pues pasa... sucede que... pero permita usted que la abrace tambien... (¡Todo sea por Dios!) (Lo hace.)

CORON. ¡Jesús!
CARMEN. (¿Qué irá á inventar?)
CORON. Explíquese usted, Pepe.
AUG. El caso es muy sencillo. Juana, la doncella, y yo nos queríamos hace tiempo.
CORON. Ya caigo; recuerdo haberos sorprendido alguna vez como hace un instante.
AUG. (Maldita lengua.)
CARMEN. (¡Dios mio!) (Ap á Augusto.) (Necesito una explicacion!)
CORON. Continúe usted, Pepe.
AUG. Pues, como decía, nos queríamos, por supuesto, con buen fin, pero no veíamos el dia de nuestra boda por no tener recursos, y...
CORON. Ya caigo.
AUG. (Si fuera en un pozo.)
CORON. Y usted, querida Carmencita, les ha ofrecido facilitar el dinero necesario, ¿no es eso?
CARMEN. Sí, eso es.
AUG. Justamente. ¡Qué penetracion tiene usted, señora! Yo, cegado por la gratitud...
CORON. Se comprende. Yo tambien me declaro protectora de esos amores. Ahora verá usted.
AUG. (¿Qué va á hacer?)
CARMEN. (Me dará usted una explicacion.)
AUG. (Pero...)
CORON. ¡Juana! ¡Juanita!

ESCENA III.

DICHOS, JUANA.

JUANA. (Sale por la segunda lateral izquierda.) ¿Llamaban ustedes?
CORON. Venga usted acá. Arrodíllese usted á los piés de su señorita.
JUANA. Por mí...
CORON. Su señorita apadrina su boda de usted con Pepe.

AUG. (¡Agua va!)

JUANA. ¿Pero es de veras?

AUG. Vaya.

JUANA. Ay, señorita de mi alma, qué buena es usted. (Queriendo arrodillarse.)

CARMEN. No sea usted loca.

CORON. Y yo por no ser ménos, tomo á mi cuenta, para cuando la boda se verifique, el gasto del agua y los azucarillos.

JUANA. Gracias.

AUG. ¡Señora, córrase usted ya hasta los mondadientes!

CORON. Convenido. (Á Carmen.) ¿Conque me enseña usted esa pulsera que se ha comprado hoy?

CARMEN. Bien, vamos á mi tocador.

CORON. Ya lo sabe usted, Juanita.

JUANA. Muchas gracias, señora.

CARMEN. (Á Augusto.) (Quedo en observacion.) Vamos, Coronela...

CORON. Vamos, hija mia. Lo dicho, muchachos. Mucho juicio, Juanita.

JUANA. Pierda usted cuidado.

AUG. (El remedio ha sido peor que la enfermedad.

ESCENA IV.

JUANA, AUGUSTO.

JUANA. Pepe, excuso dar á usted las gracias.

AUG. Sí, excúselo usted.

JUANA. Así como así yo no deseaba otra cosa. Porque ya sabe usted que si no se ha dado ántes este paso no ha sido por mí. ¡Pero no está usted poco distraido!

AUG. El caso no es para ménos.

JUANA. Tiene usted mucha razon. Yo misma siento un no sé qué... ¿Y ha fijado usted el dia de la boda?

AUG. No hay prisa.

JUANA. ¿Ahora dice usted eso?

AUG. Todavía somos unas criaturitas.

JUANA. Vamos, usted quiere embromarme.

AUG. Sí, para bromas estamos.

JUANA. ¿Entónces, para qué ha contado usted con la señorita?

AUG. ¡*Velay*! Es que debo hacer á usted una advertencia. La señorita paga los gastos de la boda, ¿pero y el porvenir? Vamos á ver, ¿qué ahorros tiene usted?

JUANA. Cincuenta duros.

AUG. Los mismos que yo. Esto no es bastante; yo no me caso hasta reunir dos mil reales cada uno. Tengo ciertas aspiraciones.

JUANA. Si no es más que eso, pronto nos casaremos. Yo siso todos los dias lo ménos dos pesetas.

AUG. ¿Sí? (Bueno es saberlo.)

JUANA. En estas casas grandes eso ocurre. Yo le entregaré á usted todo lo que sise.

AUG. Corriente.

JUANA. Qué rábia le va á dar á Domingo el lacayo cuando sepa que usted se me ha declarado en regla.

AUG. Pues mira, no debemos consentir que rabie. La hidrofobia es terrible siempre, y en un lacayo, Dios sabe dónde llegaría.

JUANA. ¿Qué importa? Y decía que usted no me quería, que picaba usted más alto...

AUG. (¡Demonio!)

JUANA. ¿Se le ofrece á usted alguna cosa más?

AUG. ¡Se me ofrecen tantas!

JUANA. Pues usted dirá.

AUG. Pues... (Al hacer intencion de abrazarla se mueven las cortinas de la habitacion de Cármen.) No, no se me ofrece nada.

JUANA. Como otras veces, y habiendo ménos motivos se tomaba usted... (Agusto tose fuerte.)

AUG. ¡Ejem!... ¡Ejem!...

ESCENA V.

DICHOS, DOMINGO.

DOM. (Con un gran ramo de flores por la segunda derecha.) ¿Se puede?

AUG. (Este me ha salvado.)

DOM. ¡Hola! Aquí solitus...

JUANA. Solitos; ¿y qué?

DOM. Nada, mujer.

JUANA. ¿No puede estar una sola con su novio?

AUG. (¡Aprieta!)

DOM. ¿Ya os habeis arregladu?

JUANA. Naturalmente. Y ya lo sabe la señorita, y lo aprueba, y será la madrina, y al que le pese que roa el hueso; ¿verdad, tú?

AUG. (Me tutea.) Cuando tú lo dices...

JUANA. ¿Lo ves?

DOM. Condenada suerte. Peru la obligacion es ántes que lus celus. Lleva este ramu á la señorita de parte del baron de Bastos.

JUANA. Está bien.

AUG. (Un ramo del Baron. Tendré que espantarle.) (Váse Juana con el ramo.)

ESCENA VI.

AUGUSTO, DOMINGO.

DOM. ¿Conque os casais?

AUG. Eso dicen.

DOM. Que sea enhorabuena. Así sus llevaran lus demonios.

AUG. ¿Qué es eso, Domingo?

DOM. Que yo la quería.

AUG. ¡Hola!

DOM. Es la primera que me ha despreciadu.

AUG. Segun eso, has pretendido á varias y con fortuna...

DOM. No, ella ha sido la única. Peru sin ella no quieru vivir.

AUG. ¿Piensas matarte?

DOM. No; me daré al vinu; me haré borrachu.

AUG. Te costará poco trabajo.

DOM. Ne me matu por la familia. Si no tuviera primus segundus... (Váse.)

ESCENA VII.

AUGUSTO.

Héme aquí en la situacion más difícil en que puede estar un marido. Casado como Dios manda, mi mujer, en sociedad, no es mi mujer; y tengo que consentir que la agasajen y la requiebren en mi presencia. ¿Por que habré yo conspirado? Y como si esto fuera poco, pesa sobre mí una sentencia de muerte. Y todo ello es preciso para obtener mi indulto. Cármen tiene excelentes relaciones de influencia decisiva con la situacion; poniéndolas en juego logrará el resultado apetecido.

ESCENA VIII.

DICHO, BARON.

BARON. Hola, muchacho. (Saliendo por la segunda derecha.)
AUG. Señor Baron de Bastos...
BARON. ¿Y tu señorita?
AUG. En seguida volverá á esta pieza.
BARON. Dichoso tú, chico.
AUG. ¿Por qué lo dice usía?
BARON. ¿Por qué? Acaso no la sirves...
AUG. Vaya si la sirvo!
BARON. Si la fortuna corona mis proyectos, te voy á hacer feliz.
AUG. Cuanto ántes, señor Baron. ¿Usía tiene proyectos...
BARON. Colosales! tengo un título nobiliario, soy sobrino del presidente del consejo de ministros, seré diputado en cuanto tenga distrito...
AUG. Escasillos andan.
BARON. Y sin embargo, me falta lo principal; una mujer.
AUG. (Y una posicion.)
BARON. Si yo, por ejemplo, nada más que por ejemplo, me uniera en lazo matrimonial con tu señorita, unidas al

par mis aptitudes y su fortuna ¿qué posiciones no escalaría yo? Porque á mí no me hace falta más que una fortuna así, aunque con el tiempo me la haría por mí solo...

AUG. Sí, pero mejor es que se la den á uno hecha.

BARON. Tienes talento, muchacho. Hasta hoy no he podido explotar mi parentesco con el primer ministro, porque esos periódicos en seguida se echan encima y á cualquier cosa llaman irregularidad.

AUG. ¡Justo!

BARON. ¡Qué ha de ser justo!

AUG. Usía no me ha comprendido; daba la razon á usía.

BARON. Eso es otra cosa. Yo lo he dicho muchas veces; aquí hay gentes que necesitan mucho palo.

AUG. Eso digo yo: aquí hay gentes que necesitan muchos palos.

BARON. Y los llevarán.

AUG. Vaya si los llevarán. Yo por mi parte pienso dar algunos.

BARON. Apropósito: ¿recibió tu señorita un pequeño obsequio de mi parte?

AUG. Hace unos momentos. Digo, si usía se refiere á un ramo...

BARON. Justamente. Ese ramo es mi primera paralela; pero tú no entenderás este lenguaje.

AUG. Cómo que no, si soy... (Tapándose bruscamente la boca.) (Ya lo iba á soltar.)

BARON. Eh?

AUG. Decía que soy, es decir, que he sido de ingenieros.

BARON. Hablemos claros: ¿te tengo de mi parte?

AUG. Completamente.

BARON. Pues bien; en aquel ramo, iba una declaracion y espero esta misma noche el resultado. Si como no creo, este es desfavorable, entónces... despues hablaremos. (Esto último lo dice viendo entrar al General y al diputado ó sea Tellez, que salen por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

DICHOS, GENERAL y TELLEZ.

GEN. Aquí tiene usted ya al Baron.
BARON. A! que madruga Dios le ayuda.
GEN. Cierto; aunque no por mucho madrugar amanece más temprano.
TELLEZ. Bien contestado.
AUG. (Por mucho que los tres madrugueis, los tres llegareis tarde.)
GEN. (Á Augusto.) Pero hombre; yo recuerdo haber visto tu cara en alguna parte.
AUG. Es posible, mi general; yo tambien he servido.
GEN. ¿Has sido oficial?
AUG. Sí señor.
GEN. Ya decía yo. ¿Conque oficial?
AUG. Sí señor, de sombrerero, en Valladolid. Allí caí soldado.
GEN. No es eso.
AUG. ¿Desea vuecencia alguna cosa más?
GEN. Nada. (Hubiera jurado...)
AUG. (Le desorienté. No reconoce en el criado Pepe, al alférez Ponce, que sirvió en el regimiento de que él era coronel.) (Durante esta escena y la siguiente, Augusto entrará y saldrá segun lo indica el diálogo.)
BARON. ¿Luego cree usted que la cuestion de amnistía hará caer al ministerio?
TELLEZ. Si no cede, caerá. En el Congreso somos ya muchos los que pedimos que la amnistía sea plenísima.
GEN. Y en el senado no nos contentamos conque sea parcial.
BARON. Es decir...
GEN. Que se desploma el gabinete.

ESCENA X.

DICHOS, la CORONELA, CÁRMEN.

CORON. Ave María Purísima!

BARON. Adelante, señoras! (Los tres se dirigen á las damas; la Coronela no avanza un paso y detiene á Cármen.)

CORON. No dicen ustedes que se desploma el gabinete? (Risa en los tres.)

GEN. Señora, hablábamos dal gabinete ministerial.

CORON. ¡Pues flojo ha sido el susto que me he llevado!

CARMEN. Señores. (El General, Tellez y el Baron, saludan á Cármen en este órden.)

GEN. Carmencita, he servido á usted en lo posible; el extracto de la sesion dará á usted pormenores.

CARMEN. Gracias, General. Espero que mañana me dispensará el honor de almorzar conmigo.

GEN. Oh!

TELLEZ. El Congreso está de nuestra parte.

CARMEN. Gracias; mañana espero á usted á comer conmigo.

TELLEZ. Tanto honor.

BARON. Yo el último...

CARMEN. Los últimos serán los primeros, son palabras del Evangelio.

BARON. Divina, divinísima.

GEN. (Me ha convidado á almorzar! He vencido!)

TELLEZ. (Me ha invitado á comer! He triunfado!)

BARON. (Está de mi parte! Soy feliz!) (La disposicion y movimiento de esta escena quedan el buen criterio del director: pero siempre el velador sobre que ha escrito Cármen debe quedar á un lado en segundo término.)

CARMEN. Tomen ustedes asiento.

CORON. General. ¿Una partidita de damas?

GEN. Con mucho gusto. (Lo mismo que si me exonerasen.)

CORON. (Yo pesco á este hombre.) (El General y la Coronela ocupan una mesita de juego que habrá en segundo término y se

ponen á jugar. El Baron y Tellez se colocan al lado.)

GEN. Yo las negras!

CORON. Se conoce que les tomó usted aficion en Cuba.

CARMEN. Cuénteme usted, amigo Tellez.

TELLEZ. Ah, es verdad. El Gobierno no tiene más remedio que transigir, concederá amnistía plena á todos los desterrados, y ese chico por quien usted se interesa volverá al seno de su familia.

CARMEN. Dios lo quiera.

BARON. Yo influiré tambien con mi tio para que se decida.

GEN. Coma usted, Coronela.

CORON. ¡Por Dios, no me llamen ustedes así! Ese nombre me ataca los nervios. ¡Coronela! No hay tiro de mulas en que no haya una de esa graduacion.

CARMEN. Baron ¿me hace usted el favor del abanico? Por ahí estará (Señalando diferentes muebles. Á Tellez.) (Trabaje usted, amigo Tellez, que tengo en esa resolucion el mayor interés...)

TELLEZ. Lo haré así, aunque tenga que romper con el gobierno. ¿Qué más debo hacer para conseguir el triunfo apetecido?

CORON. Coma usted cuatro veces.

TELLEZ. ¿Eh?

CORON. Tablas, General.

GEN. Efectivamente.

BARON. Carmencita, no encuentro ese chisme.

CARMEN. No se moleste más.

GEN. ¿Dejamos la partida?

CORON. Como usted guste. (Vuelven al grupo general.)

CARMEN. Ahora que recuerdo, Baron; usted me prometió unos versos; ahí está mi álbum.

BARON. Es decir?...

CARMEN. Que en nada puede usted ocuparse mejor que en cumplir su palabra.

BARON. Siempre su esclavo. (Dirigiéndose al velador.) (Cuánto me distingue! En el té me da el sí. (Al sentarse en el velador ve la carta que dejó escrita Cármen al empezar el acto y se

apodera de ella.

(Una carta de su letra... será una indignidad, pero bueno es saber lo que escribe.)

GEN. Amiguita, si no fuera por usted, nunca me interesaría yo por conspiradores.

CORON. El General es de los mios; la ordenanza sobre todo.

GEN. Así no acaban nunca los pronunciamientos. ¿Recuerdan ustedes el abortado hace un año en el Alto Aragon

CARMEN. ¿Qué?

GEN. Le dirigía un capitan que sirvió de alférez á mis órdenes cuando yo era coronel; un tal Augusto de Ponce...

(El Baron hace sonar un timbre.)

CARMEN. ¡Augusto de Ponce!

GEN. Así se llamaba. ¡Si le cogiera yo aquí!

AUG. Aquí me tienen.

GEN. Eh?

CARMEN. ¡Dios mio! (Levantándose á la vez.)

AUG. ¿Llamaban los señores?

BARON. Un vaso de agua.

GEN. (Pues no había creido...) (Volviendo á sentarse.)

CARMEN. (Respiro, Dios santo.) (Sale Augusto con bandeja y vasos.)

BARON. ¿Me dan ustedes un consonante á «pronto.»

AUG. Tonto!

BARON. Gracias, chico.

AUG. (Es justicia.)

GEN. (Á Carmen.) Yo conozco á ese muchacho y no sé de qué.

CARMEN. (¡Qué sobresalto!)

AUG. Decía vuecencia...

GEN. ¿Tú has estado conmigo en alguna parte?

AUG. Por lo ménos recuerdo cuando vuecencia se sublevó en Valladolid...

CORON. Esas teníamos, General.

GEN. (¡Maldito!)

AUG. Donde no estuve fué en Granada, cuando vuecencia se sublevó allí segunda vez.

CORON. ¡Hola!

GEN. Quítese usted de mi vista. (Á Augusto, que se retira.)

TELLEZ. Y la ordenanza, General?

GEN. Pues precisamente por la ordenanza me sublevé!

BARON. Señoras, señores, ya he concluido mi poesía.

CARMEN. Léala usted, Baron.

BARON. No lo merece; es muy mala.

CORON. Basta que usted lo diga; pero no está de más que nos cercioremos.

BARON. Una vez que tan benévolos se muestran ustedes conmigo, atencion. Es un ovillejo.

«Quise á usted con frenesí,
desde que la ví.
Por usted como ayer hoy,
estoy.
Y al verla quedo de pronto,

TODOS. Tonto!»

BARON. Eso es. ¿Cómo lo han adivinado ustedes?

CORON. Ahí verá usted.

BARON. La redondilla final.

«Si hasta el cielo me remonto,
no se asusten ni se alarmen;
lo juro, divina Cármen,
desde que la ví estoy tonto.»

CARMEN. Bravo!

TELLEZ. ¿Hace mucho que la vió á usted?

GEN. Recien nacido.

TELLEZ. Ya decía yo.

AUG. Señorita...

CARMEN. Eh?

AUG. Su confesor desea hablar con usted; dice que el asunto reclama urgencia...

CARMEN. Vendrá por limosna para los pobres. Háganme ustedes el favor de pasar al salon. La Coronela hará los honores en mi lugar.

CORON. Andando. (La Coronela invita al General á ofrecerle su brazo y este lo hace manifestando repugnancia.)

GEN. Vamos allá.

BARON. (Á Cármen.) (No me eche usted en olvido.)

CARMÉN. Pierda usted cuidado.

GEN. ¿De qué conoceré yo á ese bergante?

ESCENA XI.

AUGUSTO, CÁRMEN.

CARMEN. ¿Dónde está mi confesor?

AUG. Aquí.

CARMEN. Ah!

AUG. Ha sido un ardiz para verte á solas un instante. Pero ¿estas enojada conmigo?

CARMEN. Haga usted el favor de retirarse; esos abrazos á mi doncella ..

AUG. (Ya pareció aquello.)

CARMEN. Le parece á usted digno que mientras yo trabajo por su dicha, usted se distraiga abrazando criadas?

AUG. Hija mia, si todo es por disimular... Vamos, ven á mis brazos.

CARMEN. Repito que no quiero. (Augusto la abraza sin resistencia.) Caballero, está usted abusando de su fuerza.

AUG. Si te digo que es por disimular; para hacer mejor mi papel.

CARMEN. Por supuesto; me lo tengo merecido. ¿Cómo ha de ser fiel á su esposa el que no lo ha sido á sus banderas?

AUG. Esa acusacion en tus labios rompe mi silencio. Ahora verás.

CARMEN. ¿Qué va usted á hacer?

AUG. Á presentarme en el salon, á descubrirme al General diciendo: «mi General, cumpla vuecencia con su deber; yo soy el capitan Augusto de Ponce...» (Levantando la voz.)

CARMEN. ¡Por Dios, más bajo!

AUG. Yo soy el soldado desleal que se pronunció en el alto Aragon...

CARMEN. ¡Por la Vírgen del Cármen!

AUG. Que me lleven á las prisiones militares, que me juzguen, que me fusilen...

CARMEN. ¡Ingrato!

AUG. Usted quedará viuda, volverá á ser libre, se casará otra vez...

CARMEN. ¡Augusto de mi alma! (Estrechándole con angustia.)

AUG. (Ni el gran Romea.) ¡Deja! ¡Quita!

CARMEN. Cálmate, tranquilízate, Augusto mio! Si ya se yo que me crees fiel! Si hiciste bien en pronunciarte! Si yo misma te lo aconsejaré otra vez si es preciso. Es más, en cuanto estés libre, como quieras, nos pronunciamos los dos juntos...

AUG. Semejante recriminacion en tus labios... Oh! vergüenza!

CARMEN. No seas niño. Si ha sido una broma mia. No lo has conocido! (Cada vez más compungida.) ¡Poquita gana de broma que tengo yo hoy. No ves como me rio... (Rompiendo á llorar.)

AUG. Esas lágrimas desarman mi cólera. Ya no me entregaré, puedes estar tranquila.

CARMEN. ¿No te descubrirás?

AUG. No!

CARMEN. ¿Ni abrazarás á la dondella?

AUG. Mira, eso... conforme y segun.

CARMEN. Cómo?

AUG. Supon que de un abrazo á Juana depende mi salvacion: ¿te negarás á que la abrace?

CARMEN. En ese caso... pero flojito, muy flojito.

AUG. Así.

CARMEN. Es muy fuerte.

AUG. ¿Te he hecho daño?

CARMEN. No; para mí sería muy flojo. Hay que distinguir.

AUG. Ahora entro yo. ¿Qué declaracion ha recibido usted hoy en un ramo de flores?

CARMEN. Ah! Sí, el Baron me pide una respuesta esta misma noche. Se me ha declarado ya quince veces.

AUG. Y los otros?

CARMEN. El General, que no es de la dinastía de Salomon, cree que su prestigio triunfará de mí; el pobre Tellez es el

más modesto.

AUG. Has dicho pobre de una manera...

CARMEN. Vas á tener ahora celos? Por fortuna está cerca el momento en que deje de amenazarte esa fatal sentencia. Qué dichosa seré cuando pueda llamarte mi esposo, sin miedo á nada ni á nadie!

AUG. Saldremos de paseo juntos todos los dias...

CARMEN. Del brazo...

AUG. Es natural. Iremos así... (Paseando del brazo.) por los paseos, siendo la admiracion de todos, tú por hermosa, yo por feliz.

CARMEN. Adulador!

AUG. Y luego al teatro.

CARMEN. Y despues tomaremos solitos el té.

AUG. Y despues... ¿llamaban en el salon?

CARMEN. No, no han llamado.

AUG. Tal vez te echarán de ménos.

CARMEN. No hay prisa.

AUG. Sin embargo...

CARMEN. Bueno, me iré á allá; pero mándame á la doncella.

AUG. ¿Desconfías aún?

CARMEN. Tal vez. Hasta luego, Augusto mio.

AUG. Adios, Cármen de mi alma. (Al despedirse en la puerta que se supone da al salon, Augusto besa la mano de Cármen viéndolo Juana, que sale al mismo tiempo de la segunda derecha.)

ESCENA XII.

AUGUSTO, JUANA.

JUANA. Muy bien, señor don José.

AUG. ¡Ah! ¿Eres tú, Juanita?

JUANA. ¡Á que tenía Domingo razon!

AUG. ¿Por qué?

JUANA. ¿Conque la señorita le permite besarla la mano?

AUG. (Nos ha visto.) ¿Y qué?

JUANA. ¡Me gusta!

AUG. Conque te gusta? Pues mira, á mí me sucede lo mismo.

JUANA. ¡Qué poca vergüenza tienen algunas... señoras.

AUG. Acaba de ser tonta; la señorita lo permite, porque esas libertades son arranques de la gratitud.

JUANA. Como conmigo no tienes esos arranques....

AUG. Todo será empezar.

JUANA. ¡Vaya!

AUG. Venga.

JUANA. ¿El qué?

AUG. La mano.

JUANA. No te la doy de muy buena gana; pero... (Dándosela.)

AUG. ¡Qué tersa!

JUANA. ¿Verdad que no parece de doncella?

AUG. Es verdad. (Se la besa.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DOMINGO.

DOM. (¡Esto más!)

AUG. En el salon estás haciendo falta. (Á Juana.)

JUANA. Voy en seguida, y en cuanto pueda me escurriré.

DOM. Ya te escurres bastante.

JUANA. ¡Miren qué gracia! (Váse.)

AUG. Algo se pesca.

ESCENA XIV.

DOMINGO, AUGUSTO.

AUG. Hola, Domingo. ¿Estás más consolado?

DOM. ¿Quieres burlarte de mí? ¿Dónde está la señorita?

AUG. En el salon.

DOM. Vengo á despedirme, á que me dé la cuenta. No puedo vivir al lado de Juana despues de lo ocurrido.

AUG. *Rara avis.* No creía yo que un corazon lacayuno abrigara tan hondas pasiones.

DOM. Cada uno tiene su alma en su almario.

AUG. Hombre, espera unos dias.

DOM. ¿Quereis hacerme apurar el cáliz hasta las heces?

AUG. Ave María Purísima.

DOM. Conque dices...

AUG. Que ahora no puede escucharte el ama; mañana será otra cosa, ¡y entre tanto puedes pensar lo que más te convenga. Y quién sabe si de hoy á mañana mudará Juanita de parecer.

DOM. Corriente, esperaré á mañana. (Hace medio mutis, y vuelve.) ¡Puedo soltar ya el perro por el jardin?

AUG. Sí, suéltalo.

ESCENA XV.

AUGUSTO, despues el BARON.

AUG. La madeja está cada vez más enredada. ¡Si no arriesgara yo mi cabeza!

BARON. (Sale por la segunda de la izquierda muy incomodado.) Es una humillacion que no puedo consentir.

AUG. (Á este se le han indigestado las calabazas.)

BARON. Tú aquí... me alegro.

AUG. Mala cara trae usía.

BARON. Me has ofrecido ponerte de mi parte.

AUG. En todo.

BARON. Te necesito.

AUG. ¿Cuándo?

BARON. Esta misma noche; ahora mismo.

AUG. Puede usía mandarme desde luégo.

BARON. ¡Toma! (Dándole una moneda de cinco duros.)

AUG. ¡Cinco duros! Creo efectivamente que trata usía de hacer mi felicidad.

BARON. Necesito pasar aquí la noche.

AUG. (¡Miserable!) Pongo mi catre á la disposicion de usía.

BARON. No es eso; no es un lecho lo que yo necesito.

AUG. Entónces...

BARON. Quiero hablar sin testigos á tu señorita.

AUG. ¡Ah!

BARON. Dos mil reales te van en que yo pase aquí esta noche.

AUG. ¡Cien duros.

BARON. Justos. Estás fuerte en contabilidad.

AUG. Sé yo mucha aritmética.

BARON. Suma. (Dándole otra moneda.)

AUG. Cinco y cinco de ántes, diez. ¡Diez duros!

BARON. Bravo. Y multiplicados por diez, si me ayudas...

AUG. ¡Ciento!

BARON. ¡Soberbio! Multiplicas á las mil maravillas.

AUG. Pues todavía divido mejor.

BARON. ¿Sí?

AUG. ¿Quiere usted que le divida?...

BARON. ¿Eh?

AUG. Una cantidad cualquiera... (¡Calma!)

BARÓN. (No sé por qué temí...) Basta de matemáticas. Cuando tu señorita se recoge, ¿pasa por esta habitacion?

AUG. Siempre.

BARON. Puedo yo ocultarme por aquí?

AUG. En ese balcon; da sobre el jardin, de suerte que nadie verá á usía.

BARON. Está bien.

AUG. Mi señorita, que no deja de ser romántica, tiene costumbre de contemplar el cielo y lo hace todas las noches; para ello abre ese balcon; allí permanece usía encerrado y...

BARON. Comprendido. ¿Se recoge pronto?

AUG. En seguida que ustedes la dejan.

BARON. Pues enciérrame.

AUG. (Pobre de tí!) (Augusto le encierra en el balcon, de manera que los espectadores vean la operacion.)

BARON. Qué fresco hace...

AUG. Eso no es nada. (Echando el pasador.) ¡Ah! Baron! No has nacido tú para la carrera de Tenorio.

ESCENA XVI.

AUGUSTO, JUANA.

JUANA. Pepe, la señora pregunta por tí.

AUG. En seguida. (Váse.)

JUANA. Sin mirarme siquiera! No sé por qué, tengo desconfianza de este Pepe. Vamos á abrir ese balcon para que esto se ventile un poco .. (Al abrir ve al Baron y cierra precipitadamente el pasador empujando con su cuerpo.) ¡Jesús!

AUG. Eh! (Saliendo.)

JUANA. Un hombre .. un ladron.

AUG. Silencio! Ese hombre no es un ladron, aunque lo parece demasiado...

JUANA. Pero...

AUG. Silencio te digo. Es un asunto en que entro yo y nos va mucho á los dos en que salga bien.

JUANA. Ah, comprendo.

AUG. Tanto mejor. Vete.

JUANA. Es que...

AUG. Vete ó no hay nada de lo convenido.

JUANA. Basta, hombre. Buen susto me he llevado. (Váse.)

AUG. Ya era tiempo. (Váse.)

ESCENA XVII.

CÁRMEN, la CORONELA, el GENERAL, TELLEZ, y despues AUGUSTO.

CARMEN. Confío en ustedes, señores.

GEN. Palabra de honor, por complacer á usted aunque tenga que sublevarme.

CORON. Y van tres.

GEN. (Maldita habladora.)

TELLEZ. Yo ratifico mis promesas.

CARMEN. Gracias, señores. (Suena un timbre y se presenta Augusto

con los abrigos del General y de Tellez, ayudándolos á ponérselos.)

GEN. No se me olvida el Baron.

CARMEN. Suplico á ustedes no se hable mas de él.

GEN. Bien pensado. Es un botarate.

TELLEZ. Un majadero.

CORON. Un tonto; era lo mejor de la poesía esta confesion... Vaya, hijita, hasta mañana.

CARMEN. No deje de venir...

CORON. Pierda usted cuidado.

GEN. (Naturalmente. ¿Dónde ha de ir qué más valga?)

TELLEZ. Amiga mia. .

GEN. Carmencita...

CARMEN. Hasta mañana, señores. (Á Augusto.) Á Juana que venga. (Se dirige Augusto á la primera puerta de la izquierdá, figura llamar á Juana y se retira por la segunda puerta de la derecha)

ESCENA XVIII.

CÁRMEN á poco JUANA.

CARMEN. Gracias á Dios! Esta situacion va haciéndose de todo punto insostenible.

JUANA. Señorita...

CARMEN. Tome usted un candelabro y acompáñeme á mi habitacion.

JUANA. Está bien.

CARMEN. (Si me engañará Augusto.)

JUANA. Cuando usted guste.

CARMEN. Vamos.

JUANA. (Quién será el escondido?) (Vánse por la primera izquierda.)

ESCENA XIX.

AUGUSTO sale á escena con mucho misterio.

AUG. Llegó el instante de mi justicia. Bajo el balcon un enmarañado espino y el perro rondando el jardin... mag-

nifico! (Se oyen golpes en el balcon.) ¡Hola! se impacienta ese don Juan de guardarropía... No le hagamos esperar. (Coge varios periódicos y los enciende en el candelabro. Se llega al balcon, descorre las cortinas de modo que quede descubierto y empieza á pasar ante las maderas la antorcha.) Esto es hecho! (Á media voz.) Baron! Baron! Fuego!

BARON. Abre, por amor de Dios!

AUG. Es imposible; las llamas ganan la escalera; no hay huida... Fuego! Arrójese usía por el balcon; yo haré lo mismo. (Prestando atencion.) Á ver. Se tira! (Se oye un golpe sordo y en seguida los roncos ladridos de un perro.)

BARON. Ay! Socorro!

AUG. Ya estoy vengado! (Abre el balcon y se asoma.)

ESCENA XX.

DICHOS, CÁRMEN, JUANA.

CARMEN. (Saliendo.) Qué ocurre?

JUANA. (Id.) Qué es eso?

AUG. Nada, no hay que asustarse; el Baron que ha equivocado la salida. (Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Aparece AUGUSTO leyendo varios periódicos.

AUG. Me huele la cabeza á pólvora. Las noticias de hoy son menos tranquilizadoras. (Coge otro periódico.) Veamos este otro periódico. (Leyendo.) «En la política mar de fondo; la cuestion de amnistía por delitos políticos trae revuelta á la mayoría; pero se cree seguro el triunfo del gobierno, contrario á aquella medida de clemencia.» Todos lo mismo. (Tirando el periódico y levantándose.) Voy á tener que emigrar nuevamente, pues los amigos de mi esposa pueden poco y piden mucho. No hay otro remedio.

ESCENA II.

AUGUSTO, CARMEN, en traje de calle.

CARMEN. ¿Qué dice la prensa?
AUG. Trae malas noticias.

CARMEN. No son así las que yo tengo; me ha escrito Tellez y me da seguridades...

AUG. Que no debes creer, esposa mia; los hombres somos así tratándose de mujeres. Prometemos cuanto quereis y cumplimos nada más que lo que queremos.

CARMEN. No aumentes mi mal humor con tristes augurios.

AUG. Estás enojada?

CARMEN. Intranquila. Desde que se perdió mi carta á Sofía no tengo un punto de reposo.

AUG. Si eso te apura, desecha todo cuidado. Han trascurrido ya quince dias, y en ellos había tiempo sobrado, de haber caido en manos enemigas, para que me hubieran fusilado. Y hablando de otra cosa, ¿á dónde va tan de mañana mi señora?

CARMEN. Cerca; á casa de las de Fajardo; pero estoy de vuelta muy pronto. Adios. (**Tendiéndole una mano.**) Fuera de aquí mi sobresalto es todavía mayor. (**Augusto la acompaña de la mano hasta la puerta de salida.**)

AUG. Tranquilízate, querida mia, y en todo caso, si tuviéramos que emigrar, mi patria será aquella en que pueda gozar libremente de tu amor. (**Váse Cármen; Juana, plumero en mano, los observa desde la puerta que se supóne comunica con el salon.**)

ESCENA III.

AUGUSTO, JUANA.

JUANA. Diga usted, don Pepito, ¿estamos en primavera?

AUG. (La otra.) ¿Por qué, doña Juanita?

JUANA. Como están tan galantes las mañanas...

AUG. Debe ser verano, porque sin calor no hay celos.

JUANA. ¡Celosías!

AUG. Pues quítalas, porque ahora privan las persianas.

JUANA. No estás tú mal... ¡Jesús lo que iba á decir! Siempre tan cariñoso con la señorita. ¿No sabe todavía andar sola?

AUG. Pues...

JUANA. Como necesita que la lleven de la mano.

AUG. Pero hija, ó soy ó no soy criado de confianza.

JUANA. Para ella sí, pero á mí maldita la que me inspiras, condenado.

AUG. Vamos, Juana, no haya cuestion.

JUANA. Y que por tí esté yo sisando hasta de lo que no compro.

AUG. De veras?

JUANA. Ni sé cómo no lo conoce la señorita, De un pollo te he sacado esta petaca. Toma. (Dándole una.)

AUG. Sabes que eres una ganga?

JUANA. Todavía no lo conoces tú bien.

AUG. El dia ménos pensado me sacas de una gallina un traje completo.

JUANA. De la verdura sale la cajetilla de todos los dias.

AUG. Así es el tabaco.

JUANA. Pero lo que más produce es el correo de la señorita. Hoy mismo me ha valido dos duros una carta.

AUG. De ella?

JUANA. Para ella.

AUG. ¿De quién?

JUANA. De un jóven muy fino.

AUG. Y se la has dado?

JUANA. En seguida que vine. Por cierto que la rompió sin leerla; pero ¿á mí qué?

AUG. ¡Ah! mira, Juana, á una doncella la está permitido sisar todo lo que pueda; pero es inmoral llevar y traer cartas amorosas.

JUANA. No eres poco timorato!

AUG. Me gusta ser moral, muy moral.

JUANA. Así eres de encogido. Y mira tú, á mí me revientan los hombres morales. (Sale la Coronela,)

ESCENA IV.

DICHOS, la CORONELA

CORON. Así me gustan á mí los enamorados; siempre en su far-

macia, como el de la calle de la Luna.

AUG. Señora...

JUANA. Cómo me gusta á mí la señora Coronela. Me muero por las personas alegres.

CORON. ¿Y Carmencita?

AUG. Ha salido.

JUANA. Con permiso de la señora.

CORON. Anda con Dios, hija.

JUANA. (Con esta se le puede dejar sin cuidado.) (Váse.)

ESCENA V.

LA CORONELA, AUGUSTO.

CORON. Conque dice usted que ha salido la señorita? (Se sienta.)

AUG. Hace un cuarto de hora.

CORON. La esperaré.

AUG. Con permiso de usted... (Haciendo ademan de marcharse.)

CORON. No se marche usted, hombre, hágame usted compañía. ¿Le asusto á usted?

AUG. Señora Coronela...

CORON. Á propósito, hoy me he encontrado con el Baron. Está hecho una lástima.

AUG. Pues qué le pasa?

CORON. No lo saben ustedes?

AUG. Hace quince dias que no ha parecido por aquí.

CORON. Es verdad; pues dice que al dia siguiente de romper su amistad con Carmencita salió de caza con unos amigos.

AUG. (Trapalon!)

CORON. Y se despeñó de lo alto de una roca estando... no sé como me dijo que estaba.

AUG. En acecho.

CORON. Eso es, en acecho.

AUG. (Eso sí que es verdad.)

CORON. Tiene una pierna casi sin movimiento, un brazo en cabestrillo, la cara llena de picaduras...

AUG. Pues no es nada lo del ojo.

CORON. No, lo del ojo es lo mas; se ha herido el izquierdo de una manera horrible. Se le va á saltar.

AUG. Eso se gana.

CORON. ¿Qué es lo que se gana?

AUG. Que sea otro el que se le salte.

CORON. Pobre Baron! Pero no son los dolores físicos los que le llegan á lo vivo.

AUG. ¿Tiene otros?

CORON. Está perdido por Carmencita.

AUG. Como perdido sí me parece á mí que está.

CORON. Tiene buena posicion.

AUG. (Cuando duerme.)

CORON. Y usted ¿cómo va de amores?

AUG. Ah! perfectamente.

CORON. Cuándo nos dan ustedes un dia bueno?

AUG. Cualquiera de estos.

CORON. Yo soy muy partidaria del matrimonio. Tres veces me he casado.

AUG. ¡Hola!

CORON. La primera con un alférez de la Reina Gobernadora. Pobrecillo!

AUG. ¿De qué murió?

CORON. De alferecía.

AUG. Era natural.

CORON. La segunda con un capitan de Guardias de Corps.

AUG. Y este ¿de qué acabó?

CORON. Como bueno y pundonoroso...

AUG. Comprendo, moriría en el campo del honor.

CORON. No, en el Campo del Moro. El tercero era coronel.

AUG. De modo que ha ido usted ascendiendo.

CORON. Y no me doy por satisfecha hasta reunir los tres entorchados.

AUG. (Me parece que para tí han cerrado ya las escalas.)

ESCENA VI.

DICHOS, CÁRMEN.

CARMEN. (Sale precipitadamente y con marcadas muestras de mal humor.)

¿Ustedes aquí?...

CORON. ¿Qué ocurre?

CARMEN. (*Conteniéndose.*) Nada... uno de los muchos insolentes que hay por esas calles .. me ha seguido... pretendía le escuchase... ¡Oh! ¡No vuelvo á salir sino en carruaje!

AUG. ¿Quién es el villano?... (*Disponiéndose á salir enfurecido; preséntase en el mismo instante el Baron con el brazo derecho en cabestrillo y desfigurado el rostro.*)

ESCENA VII.

DICHOS, BARON.

AUG. ¡Ah! ¡El Baron! (Me lo habia figurado.)

CORON. Adelante, Baron. Carmencita no es rencorosa, y si viene usted arrepentido...

AUG. (¡Necia habladora!)

BARON. Tan arrepentido estoy de la ligereza,—no fué otra cosa, que cometí ofendiéndome por la negativa de esta señora...

CORON. Señorita.

BARON. Es verdad. Me hallo, repito, tan arrepentido, que estoy dispuesto á implorar su perdon aunque sea de rodillas.

CORON. ¿Ve usted qué manso?...

CARMEN. No importa; salga usted de mi casa.

BARON. Es que...

CARMEN. ¡Salga usted!

AUG. ¿Me necesita usted señorita?

CARMEN. No, no creo que este caballero dé lugar á que tengan que arrojarle de aquí mis criados.

BARON. Nada de eso, saldré; pero debo advertir á usted que á la vez que para recuperar su gracia, venía á traerle noticias de su protegido, ese pobre Augusto por quien usted muestra tanto interés, como si se tratara, ¿de quién diré yo? de un hermano, más, aún, de un esposo

AUG. ¡Ah!

CARMEN. (¡Dios mio!) (*Estas exclamaciones deben ser simultáneas; el*

autor deja á la discrecion de los actores el tono, el movimiento y la expresion.)

CORON. Mire usted qué bueno; lejos de vengarse como tantos otros pretendientes desairados, se dedica á complecerla, y cuando apénas puede moverse.

BARON. Así es.

CARMEN. (Mirando á Augusto.) (¿Qué debo hacer?)

AUG. (Sospecho una infamia de ese hombre; estaré vigilante.) ¿Tiene algo que mandarme la señorita?

CARMEN. Sí; que no salga usted de casa bajo ningun pretexto. (Por Dios, Augusto mio, mucha prudencia.)

AUG. (Descuida.) (Váse.)

CORON. (Al Baron.) Yo me encargo de la reconciliacion.

BARON. Gracias; pero no necesito de su ayuda. No soy tonto, como usted ha dicho alguna vez.

CORON. (¿Quién se lo habrá contado?) Vaya, dejo á ustedes para que mi presencia no sirva de humillacion al arrepentido. Carmencita, pronto estoy de vuelta. (Cármen contesta distraida é indiferentemente.)

CARMEN. Como usted guste.

CORON. (Aquí pasa algo.) Baron...

BARON. ¡Coronela!...

CORON. (Aunque no hubiera vuelto de la cacería...) Váse.

ESCENA VIII.

CÁRMEN, el BARON.

CARMEN. ¿Qué noticias son esas que usted me trae?

BARON. Calma, amiga mia; las noticias para despues. Ántes conviene recordar cierta aventura. ¿Vé usted mi estado?

CARMEN. Caballero, si sólo viene usted á pedirme explicaciones de lo que fué justo castigo á una infame asechanza...

BARON. Amiga mia, contenga un tanto el torrente de su indignacion.

CARMEN. Estoy en mi casa y soy la ofendida.

BARON. Verdad, señora.
CARMEN. Señorita.
BARON. Señora.
CARMEN. (¡Ah!)
BARON. Yo he sido aquí víctima de una burla cruel...
CARMEN. ¿Y qué era lo que usted pretendía?
BARON. Aquello fué un delirio.
CARMEN. Una infamia.
BARON. Bueno, llamémosla así.
CARMEN. Ese es su nombre; no tiene otro; pero, lo juro, no fuí cómplice de aquella burla, segun usted.
BARON. Qué importa, si despues la ha aprobado...
CARMEN. Eso sí. ¿Qué ménos podía hacer que mostrarme agracida á la prevision de Pepe?
BARON. De Augusto. (En voz baja y acercándose á Cármen.)
CARMEN. ¡Vírgen del Cármen!¡
BARON. Fué chistosísimo lance; pero como dice el proverbio francés, *rirá bien qui rirá le dernier*. Y yo voy á ser el último que ría.
CARMEN. ¿Qué dice usted?
BARON. Que ese Pepe es su esposo, el capitan don Augusto de Ponce, condenado á muerte por sedicioso.
CARMEN. (¡Dios mio!) Usted delira, Baron. ¿Mi esposo ese hombre? ¡Já! ¡já! ¡já!
BARON. Basta de ficcion. ¿Recuerda usted haber escrito á su amiga Sofía, la esposa de Alvarado?
CARMEN. ¡Cómo! usted sabe...
BARON. Hé aquí su carta.
CARMEN. Otra infamia más.
BARON. Sea otra infamia; pero merced á este pliego la vida de ese hombre está hoy por hoy en mis manos.
CARMEN. Pero usted no le delatará.
BARON. Segun y conforme.
CARMEN. Hable usted, Baron; exija de mí cuantos sacrificios se le alcancen... (Se sienta é invita al Baron á hacer lo mismo.)
BARON. Eso es ser razonable; así la quiero á usted.
CARMEN. ¿Qué he de hacer para asegurarme de su silencio?

BARON. La situacion eminentemente ridícula en que he caido bien merece alguna compensacion.

CARMEN. Señálela usted.

BARON. No soy exigente, sólo quiero... un poco de amor.

CARMEN. ¡Miserable!

BARON. ¿Esa es la respuesta?

CARMEN. ¿Ha podido usted soñar con otra?

BARON. Señora...

CARMEN. Pues se ha equivocado completamente. ¿Comprar su vida á costa de la honra? Ah! La honra de Augusto vale para mí tanto, tanto, que su vida misma es precio insignificante. Salga usted de aquí.

BARON. Usted lo ha querido; sea, señora... (Al volverse para salir se encuentra con Augusto que en el umbral de la puerta le cierra el paso.)

ESCENA IX.

DICHOS, AUGUSTO.

AUG. Tanta prisa, señor Baron.

BARON. ¿Eh?

CARMEN. ¡Cielo santo!

AUG. Despues de quince dias sin tener el gusto de verle, marchar con esa precipitacion.

BARON. Déjeme usted salir.

AUG. La salida de usted no es por aquí; debiera saberlo.

CARMEN. Por Dios, Augusto...

AUG. Déjame; todo lo he escuchado y ya tengo un partido.

BARON. Caballero, usted abusa de su posicion y de mi estado. (Señalando su brazo.) Espere usted á que nos hallemos en iguales condiciones, y entónces saldaremos nuestras cuentas.

AUG. Sí; cuando me hayan fusilado, ¿no es esto?

BARON. Repito que quiero salir.

AUG. Y yo no quiero que usted salga. Déjanos solos un instante.

CARMEN. ¿Qué intentas?

AUG. Nada temas; quiero asegurar mi vida; la suya no corre por ahora peligro.

BARON. (Respiro.)

CARMEN. Pero...

AUG. Vete tranquila. (Augusto la hace salir.)

ESCENA X.

AUGUSTO, el BARON.

AUG. (Despues de una pausa.) Bien, señor Baron, no tiene usía precio para traidor de melodrama.

BARON. Acabemos, caballero.

AUG. ¿Qué es lo que debemos terminar?

BARON. Esta situacion.

AUG. Veamos cómo?

BARON. Dejándome franca la salida y empeñando yo mi palabra de honor...

AUG. Palabra de honor... usted? Ménos afortunado que Francisco Primero en esta jornada, lo ha perdido usted todo, el honor inclusive.

BARON. Pero ¿qué es lo que usted pretende?

AUG. Una friolera; secuestrarle.

BARON. ¿Qué oigo?

AUG. Entre los dos hay una especie de duelo á muerte; jugamos la vida. Si usted sale de aquí, será para delatarme, pero hay en este hotel un sótano que ni expresamente hecho para el caso.

BARON. Eso es una crueldad.

AUG. ¡Qué blando de corazon es usted... para sí. Allí tendrá usted un lecho aunque duro, no tanto como sus entrañas, y para que no me sea gravoso, la alimentacion la pagará usted mismo de estos diez duros (Sacándolos.) que me regaló *in illo témpore*. Por supuesto, en acabándose el último real acaba usted de comer.

BARON. Gritaré, pediré auxilio...

AUG. Poco á poco; al primer grito que salga de su boca, le

incrusto una bala en la frente. (*Apuntándole con un revolver.*)

BARON. Haga usted el favor de apuntar á otro lado.

AUG. ¿Callará usted?

BARON. Seré mudo.

AUG. Ahora necesito la carta de mi esposa á Sofía.

BARON. Tómela usted.

AUG. Es necesario hacerla desaparecer. Se me ocurre una buena idea.

BARON. (De seguro es que me la coma!)

AUG. Usted debe tener buen estómago.

BARON. (No decía...)

AUG. (¿Ha comido usted papel alguna vez en su vida?)

BARON. Hasta hoy no han inventado ese plato los cocineros.

AUG. Pruebe usted á comerse este pliego.

BARON. Por amor de Dios.

AUG. No quiero ser implacable. Se le serviré de postre en diferentes dias. Va usted á tener el honor de que yo mismo sea su carcelero. En marcha, Baron.

BARON. No me muevo de aquí.

AUG. Lo veremos. (*Volviendo á apuntarle.*)

BARON. Vamos donde usted quiera.

AUG. Al encierro. Eche usted delante; pero si hace usted intencion de huir disparo á la cabeza.

BARON. (En buena me he metido.)

AUG. Pida usted á Dios para que obtenga yo en breve el indulto; hasta entónces no recobrará usted la libertad.

BARON. (*Compungido.*) (Dios mio, que indulten pronto á este genízaro.)

AUG. Conque... ¿vamos?

BARON. Ya que usted se empeña... (*Al hacer ambos ademan de salir se presenta el General; Augusto guarda el arma.*)

ESCENA XI.

DICHOS, GENERAL.

GEN. ¡Reniego de la política!

AUG. (Y yo de tu importunidad.)

BARON. (El General va á ser mi ángel salvador.) General!...

GEN. Calle... usted por aquí... (Augusto empuja al Baron, y éste se ase fuertemente al General, que no debe notar nada á la accion de aquel.)

BARON. Yo mismo, General, yo mismo, siempre tan su amigo y...

GEN. (Valiente títere!)

BARON. Y qué me dice usted? Tan bueno, eh? Me alegro mucho! Vaya! (Demostrando mucha alegría.)

GEN. Pero hombre de Dios, que me va usted á descoyuntar el brazo. (Deshaciéndose de él de un tiron y yendo hácia las habitaciones de Cármen.) Reniego de la política!

AUG. (Bajo y rápido.) (Si dice usted una palabra, el segundo tiro para mí.) (Enseñándole la pistola.)

BARON. (No me diga usted para quién es el primero.)

GEN. Oye, bergante.

BARON. (Corriendo al lado del General.) ¿Es á mí, General?

AUG. (Oh! rabia!)

GEN. No señor. Cómo se ha figurado usted...

BARON. Como ha dicho usted bergante...

GEN. Pues por eso. ¿De cuándo acá me he tomado con usted esas libertades?

BARON. No, si no me enfado. Puede usted tomarse esas y todas las que quiera. Conmigo puede usted permitirse toda clase de bromas.

GEN. Para ellas estoy yo ahora.

BARON. ¿Qué sucede?

GEN. Que ha fracasado la amnistía en que me interesaba á ruegos de Cármen.

AUG. (Estoy al borde del abismo.)

BARON. De veras que lo siento, General.

GEN. Dónde está tu señorita?

AUG. En el salon; puede vuecencia pasar.

GEN. Pero...

AUG. Me ha advertido que así se lo indicara á vuecencia enseguida que le viera aquí.

GEN. Pues voy sin pérdida de tiempo... (El Baron ase de un brazo al General que le empuja hácia Augusto, que se apodera de él.) ¿Quiere usted dejarme en paz? Así como así, está el horno para bollos.

ESCENA XII.

AUGUSTO, el BARON, despues TELLEZ.

AUG. Ya lo ha oido usted; la amnistía ha fracasado y estoy en peligro inminente. Al sótano sin perder tiempo.

BARON. Pero...

AUG. Adelante! (En este momento aparece Tellez rebosando alegría.)

TELLEZ. ¡Magnífico! ¡Magnífico!

AUG. (Ira de Dios!)

BARON. (No, pues este no se me escapa.) Amigo Tellez.

TELLEZ. Déjeme usted, Baron, déjeme usted. Y Carmencita? (Á Augusto.)

BARON. Ha salido.

AUG. No lo crea usía; mi ama está en el salon.

TELLEZ. ¿Cómo dice usted que ha salido?

BARON. Porque así es la verdad; ha salido... pero ha vuelto.

TELLEZ. Qué gana de broma tiene usted.

BARON. Mucha.

AUG. El General está haciéndola compañía.

TELLEZ. Sí. Á propósito del General: ¿está contento?

BARON. Lo mismo que yo.

TELLEZ. Es extraño. Debiera mostrarse contrariado.

BARON. (Una estratagema.) (Á Augusto.) Chico, participa á tu señora la presencia del señor Tellez.

TELLEZ. No, por ahora no hay necesidad.

BARON. (No hay medio de escapar.)

AUG. (Al Baron.) (Dos tiros.)

BARON. Con uno basta. (Hablan los dos entre sí, el Baron como suplicando y negativamente Augusto.)

TELLEZ. La política no tiene entrañas. Me he pasado al gobierno y juego por mi cuenta; el triunfo será mio solo y no

tendré que partirle con el General; por ahora no me conviene verle: ¿Baron?

BARON. Amigo Tellez.

TELLEZ. Hombre, cuénteme usted sus desventuras.

BARON. Con mucho gusto.

TELLEZ. Apoye usted en mi brazo el que le queda útil, y demos un paseo si á usted le parece.

BARON. Perfectamente. (Se cogen del brazo y se dispcne á salir. Augusto le detiene.)

AUG. Señor Baron; recuerdo á usía que mí señora desea hablarle.

BARON. Hemos hablado ántes.

TELLEZ. Pues entónces en marcha.

AUG. (Interponiéndose.) Alto, Baron. Usted no puede salir de aquí.

TELLEZ. ¿Por qué?

AUG. Porque no quiero yo que salga.

TELLEZ. ¡Qué insolencia! Y usted qué dice á esto, Baron?

BARON. ¿Qué quiere usted que diga?

TELLEZ. Comprendo, está usted imposibilitado; diga usted, criado insolente...

BARON. (¡Qué susto se va á ganar mi redentor!)

TELLEZ. Oiga usted, mal nacido y peor criado...

AUG. ¡Señor de Tellez!

TELLEZ. Si el Baron no puede castigar como se merece esa inconcebible procacidad...

BARON. (Le divide.)

TELLEZ. Para eso tengo yo buenas manos y mejor baston. ¡Paso! (Amenazándole con el baston.)

AUG. No le hay.

TELLEZ. ¿No? Pues toma... (Al darle un golpe, Augusto le arranca el baston y le arroja.)

TELLEZ. ¡Oh!

ESCENA XIII.

DICHOS, CÁRMEN y el GENERAL.

CARMEN. ¿Qué escándalo es este?
GEN. ¿Qué es ello?
TELLEZ. Ese insolente criado se ha atrevido á atropellarme.
CARMEN. ¿Usted ha cometido ese desman?
AUG. Me confieso culpable...
BARON. (¡Si pudiera escurrirme!) (Acercándose á la puerta de salida.)
CARMEN. Castigaré ese atrevimiento en la medida posible; luego se le dará á usted la cuenta.
GEN. Los golpes de un lacayo no ofenden.
TELLEZ. Mejor sería que no dolieran.
CARMEN. Retírese usted. (Á Augusto.)
GEN. Con su permiso, Carmencita. Ven acá, chico.
AUG. ¿Es á mí?
GEN. Á tí.
AUG. ¿Qué desea vuecencia?
BARON. (Este es el momento) (Sin meter ruido va andando de puntillas hasta la puerta de salida, segun marque el diálogo.)
GEN. (Á Augusto.) Un criado que se atreve á un caballero, no es un criado vulgar.
AUG. Muchas gracias.
GEN. Tú no eres lo que eres.
AUG. Es decir, que soy... lo que no soy. Pues no comprendo á vuecencia. (En este momento el Baron tropieza en una silla al salir, y al ruido vuelve Augusto la cara, echando tras el fugitivo y luchando con el General, que quiere detenerle.)
AUG. ¡Voto á brios!
GEN. Que estoy hablándote yo.
AUG. General, suélteme vuecencia. La vida de ese infame Baron me pertenece. Suélteme usted.
CARMEN. ¡Por amor de Dios!

TELLEZ. Aquí quedan iguales el Senado y el Congreso.

AUG. (Desasiendosé.) Al fin... General, porque me dobla usted los años, no le aplasto en este momento, pero ¡ay de usted si ese hombre se me escapa!

GEN. ¿Qué escucho? Quieto aquí.

AUG. ¡Paso al capitan Augusto de Ponce! (Váse.)

ESCENA XIV.

CÁRMEN, TELLEZ, el GENERAL.

CARMEN. Se ha perdido.

GEN. ¡El Capitan!

TELLEZ. Lo debí adivinar cuando me hizo ver las estrellas.

GEN. Corro á dar parte al ministerio de la Guerra...

TELLEZ. (Á buena hora.)

CARMEN. ¡Ah! General, por lo que usted más ame en el mundo, no le delate usted.

GEN. Es un traidor.

CARMEN. Estaba alucinado.

GEN. Despues de sus amenazas parecería temor. Pídame usted cuanto quiera... menos eso.

TELLEZ. (No tenga usted cuidado.) (Á Cármen bajo, pero ella prosigue sin oirle.)

GEN. No sosegaré hasta que le fusilen.

CARMEN. ¡Oh, no! Usted no puede convertirse en delator de un aturdido. Ademas, este secreto no le pertenece; es aquí, en mi casa donde usted le ha sorprendido y la víctima es un jóven á quien ampara este hogar, que para mis amigos debe ser sagrado; ¿no es verdad, señor de Tellez?

TELLEZ. (Buena ocasion para desbancar á ese sable.) ¿Que si es verdad? No ha de serlo, diciéndolo usted? Por mi parte, puede usted tener la seguridad de que no abriré los labios para pronunciar su nombre.

CARMEN. Ya ve usted, General, ¿será usted ahora ménos generoso

que el señor?

GEN. ¿Quién yo? Pero si Tellez se ha pasado al gobierno para votar contra la amnistía y yo permanezco en mi sitio de honor.

TELLEZ. (Bajo á Cármen.) (No haga usted caso.)

CARMEN. Señores, yo estoy igualmente agradecida á ustedes. (¡Oh! No hay que perder tiempo!) (Se dispone á salir, y al mismo tiempo oye la voz de Augusto que la llama.)

AUG. ¡Cármen! ¡Cármen!

ESCENA XV.

DICHOS, AUGUSTO.

CARMEN. ¡Eh! No le ha detenido.

AUG. Aún aquí...

GEN. Señor capitan...

AUG. El mismo. ¿Y qué?

GEN. Recuerdo á usted que soy su superior.

AUG General, hay en la vida instantes supremos en que se olvida todo.

GEN. ¿Qué quiere usted decir?

AUG. Que me va la vida en que vuecencia calle y estoy dispuesto á que no pronuncie mi nombre.

CARMEN. ¡Desdichado! El General, tengo yo su palabra, no delatará á usted y no se opondrá á que vuelva al extranjero.

GEN. Así es.

AUG. ¿Es cierto?

GEN. Ya lo he dicho. (Entra la Coronela apresuradamente y mostrando gran susto.)

ESCENA XVI.

DICHOS, la CORONELA.

CORON. Carmencita, ¿qué es esto? Señores, ¿qué pasa? ¿Ha ha-

bido fuego? ¿Ladrones? ¿Por qué guarda la policía las puertas?

CARMEN. ¡Santo cielo!

TELLEZ. (Mejor que mejor.)

AUG. (Augusto se dirige al balcon y dice desde él:) Es cierto. Están cercando el hotel fuerzas de órden público. ¡Maldicion!

CARMEN. ¡General, por lo que usted más ame, sálvele usted!

GEN. Señorita... (La Coronela va de uno á otro lado y todos la rechazan.)

ESCENA XVII.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Señorita, está aquí la policía y sube un inspector.

AUG. Está bien. He perdido la partida; pero no perderé la dignidad. Que vengan.

ESCENA XVIII.

DICHOS y un INSPECTOR. Queda el Inspector á la puerta.

GEN. Señor Inspector...

INSP. (Bajando.) Vuecencia perdonará.

GEN. ¡Ah! ¿Me conoce usted?

INSP. Perfectamente.

GEN. Tanto mejor. Sabemos que viene usted en busca de un sedicioso que se halla aquí. (El Inspector hace signos afirmativos.) Pues bien, el señor, que ha sido mi subordinado, queda á mis órdenes. Yo rsspondo del capitan don Augusto de Ponce. (El Inspector quiere hablar y le ataja la palabra el General.) Digo que respondo yo...

CARMEN. ¡Gracias, General!

TELLEZ. (Golpe teatral.) No es necesario; mejor que eso es este documento; el texto mismo del indulto de este caballero.

JUANA. (¡Ay qué gusto, voy á ser capitana!)
TELLEZ Indulto firmado en el consejo de esta mañana.
CARMEN. Dios mio!
AUG. Es posible?
TELLEZ. Mírenlo ustedes. (Todos menos el Inspector rodean á Tellez.)
CARMEN. Gracias! Gracias!
AUG. Venga esa mano. (Estrecha la de Tellez)
CORON. ¡Conque era capitan!
INSP. Todo eso, señores, está muy bien y me consta hace algunas horas; pero no vengo en busca de ese caballero, sino...
GEN. ¿De quién?
INSP. De Vuecencia.
GEN. De mí?
INSP. En cumplimiento de órdenes superiores debo acompañar á vuecencia y dejarle en las Canarias...
GEN. ¡Canario!
INSP. Donde vuecencia esperará las órdenes del gobierno.
GEN. Desterrado á Canarias? Ya empiezo á trinar como un oriundo de aquellas islas. Señorita, ya lo ve usted, por servirla me he indispuesto con el gobierno.
TELLEZ. General, adivino lo que usted va á decir; pero el premio es mio y por consiguiente pido á esta señorita su mano...
GEN. (¿Su mano? Á que le siento la mia á este intrigante.)
CARMEN. De muy buena gana se la tiendo... como amiga...
AUG. Y yo como amigo tambien; pero para que sea su esposa hay el pequeño inconveniente de que lo es mia hace mas de un año.
TELLEZ. ¿Cómo?
AUG. Civil y canónicamente.
CORON. ¡Es chistoso!
TELLEZ. ¡Mucho! (Váse.)
GEN. Vamos, señor inspector; hay ocasiones en que se saca uno un ojo con gusto. (Vánse el General y el Inspector.)
JUANA. ¿Y yo?
AUG. (Te devolveré las sisas.)

JUANA. (Del mal el ménos.)
AUG. Al público tribunal,
sometiéndose el autor,
es decir el criminal,
yo os imploro en su favor,
AMNISTÍA GENERAL. (Telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA FINAL.

Al cumplir el autor con un deber de gratitud, haciendo pública la mucha que le merecen todos los artistas que han tomado parte en esta comedia, réstale llenar otro deber manifestando muy especialmente su cariño al simpático Rosell, más que *favorito tirano* del público, por la deferencia que á su amistad ha debido, encargándose de un papel ajeno á su carácter é inferior á sus merecimientos.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
rriba y abajo.......................	1	Sres. Granés, Navarro y Reparaz.........	L. y M.
tistas á cala.......................	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
s Tenorios del dia................	1	Sres. Bolumbar y Rubio.	L. y M.
s feos.............................	1	D. M. F. Caballero.....	M.
s sietemesinos....................	1	Cárlos Mangiagalli..	M.
ien no tiene padrino..............	1	Sres. Sanchez y Rodrig.	L. y M.
a corrida de toros por Costillares. ..	1	Sala Julien y Siguert.	L.
farsanta..........................	3	D. M. F. Caballero. (*Mit.*)	M.
s amores de un Principe...........	3	Sres. S. Julien y Siguert.	L. y M.
ntos y capas......................	3	J. Santero.........	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar,* editores, calle del Príncipe, núm. 4, y *D. Eduardo Martinez,* calle del Príncipe, núm. 25.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.